

plaza pública para la edición del 22 de marzo de 1993  
% Frágil ciudad capital  
% Violencias callejeras  
miguel ángel granados chapa

Ayer, un importante número de capitalinos participó en el plebiscito que ha de servir, no tanto para determinar el género de gobierno requerido por los habitantes del Distrito Federal, sino las verdaderas posiciones de los partidos y las autoridades ante la democracia. Si ésta es, esencialmente, participación, quienes estuvieron en contra de la consulta, o patrocinaron votar por el no, se alinearon contra la democracia. Están en su derecho, naturalmente. Lo importante es saber de qué pie cojean.

Asombra que sea tan fuerte la tendencia al gobierno autoritario. Por simple conveniencia, el poder tendría que descentralizarse, para que no se concentren en quienes lo ejercen hoy en la ciudad las responsabilidades todas de la complicada vida urbana. El desorden, y la violencia que genera el caótico sistema de transporte colectivo, es un ejemplo del tipo de asuntos que un gobierno rígido está siendo incapaz de enfrentar.

La semana pasada, dos grupos de conductores de microbuses se enfrentaron a balazos cerca de la estación San Lázaro, del Metro. No se dañaron entre ellos, hasta donde se sabe; pero hirieron a una persona que simplemente pasaba por el lugar. Si bien es cierto que algunos de los participantes en el violento suceso fueron detenidos, y consignados a la autoridad penal; y que los permisos de algunos otros fueron suspendidos, lo cierto es que el episodio puede repetirse en cualquier momento, con peores consecuencias todavía.

Los habitantes de la ciudad padecen, de una u otra manera, el sistema de transporte colectivo integrado por combis y minibuses. Los usuarios tienen en constante riesgo sus vidas, por la impericia e irresponsabilidad con que esos vehículos suelen ser conducidos. No son raros los abusos en el cobro de las tarifas, especialmente a deshoras y en los puntos extremos de las rutas, donde el pasajero queda a merced del conductor. Quienes radican en los lugares de concentración de las rutas, sufren todos los días el ensuciamiento del entorno y se exponen a vejaciones cuando protestan o simplemente transcurren por el lugar. Los automovilistas padecen por la incontrolada manera de conducir de quienes tripulan peseros, en cualquiera de sus modalidades, y por la violencia con que amagan, o ejercen sobre las infortunadas personas que entran en conflicto con ellos. Y eso ocurre ante la impasible mirada de los agentes de tránsito o de los inspectores de transporte público. Dejadez o corrupción son las causas de que esos servidores públicos queden convertidos en virtuales cómplices del

Fragilidad

peligrosísimo mecanismo integrado por las rutas de microbuses.

El ingeniero Joel Ortega es desde el año pasado director de transporte público. Su antecesor, el abogado Armando López Santibáñez, fue sorprendido por su cese y no pudo ni siquiera limpiar su escritorio, en lo que sin duda hubiera tenido especial interés, pues se halló en ese mueble una cuantiosa suma de dinero, en billetes, de origen desconocido pero imaginable. Las irregularidades del transporte público son posibles porque se paga puntual, religiosamente, por la impunidad que permite practicarlas. Ante esa evidencia, obtenida directamente por el nuevo funcionario, uno creería que su predecesor fue objeto de una averiguación. Pues no. Al contrario, se le designó poco después, como si se buscara causar de modo premeditado un escándalo, ¡director jurídico de la Procuraduría de Justicia del Distrito y Territorios Federales!. Ya causó baja en ese cargo, pero permanecen los efectos del sistema que se creó durante los dos tiempos en que ostentó la responsabilidad de manejar el transporte público de la capital.

El caos producido por los microbuses es solo uno de los ingredientes que impregna de fragilidad al orden urbano, mantenido casi por milagro. Las autoridades del DDF están en vilo todos los días. Sobre sus espaldas recae la ruptura del endeble equilibrio en que descansa la vida comunitaria. ¿Por qué no, entonces, compartir con los propios gobernados, esa pesada responsabilidad?